

Productividad y Desarrollo

INTERVENCION DE APERTURA

RODRIGO ESCOBAR NAVIA
Ministro de Educación Nacional

Dr. Jorge Eliécer Ruiz, Consejero Presidencial en el Area de la Cultura; Dr. Eduardo Aldana, Director de COLCIENCIAS; Dr. Luis Thais, Director del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo; Dr. Armando Samper Gnecco, Dr. Jaime Ayala Ramírez, Dr. Antonio José Uribe Portocarrero, Miembros de la Junta Directiva de COLCIENCIAS y representantes en ella del Señor Presidente; señores directores de los distintos institutos, señores miembros de la Junta Directiva de COLCIENCIAS, señores funcionarios, señores representantes de las universidades de Colombia, señoras y señores.

En nombre del señor Presidente de la República, Dr. Belisario Betancur y en el mío propio deseo presentarles el más cordial saludo del Gobierno Nacional y los mejores votos por el éxito de estas deliberaciones que, sin duda, constituyen un trabajo prioritario de reflexión y de acción para el desarrollo científico y tecnológico que el país demanda. Al señor Presidente le hubiera gustado asistir a esta reunión, como era su deseo,

pero compromisos adquiridos con antelación se lo impidieron.

Es bueno preguntarnos qué espera nuestro país, qué demanda, qué necesita con apremio vital, de la ciencia y de la tecnología, del sector educativo en general. En los actuales momentos y con ese ánimo, se celebra esta reunión en la que deseo confiarles algunas reflexiones. Se ha hablado mucho de la encrucijada de América Latina, de la crisis en que se debaten los distintos países latinoamericanos, y se le compara mucho, consciente o inconscientemente, con razón o sin ella, con la crisis de 1930 o más exactamente de los años treinta. La Comisión Económica para América Latina, el Sistema Económico Latinoamericano —SELA— y distintos estudios de eminentes economistas de la región han reiterado esa preocupación de enlazar de alguna manera la coyuntura crítica actual con la de la crisis de los años treinta.

Se dice cómo, desde 1930, no se registraban índices tan preocupantes como los que hoy se padecen en la

región, en materia de receso de la actividad económica, de inflación, de desempleo, de dificultades de diversificación de las exportaciones por el recrudescimiento del proteccionismo internacional, de endeudamiento público y privado externo, de deterioro de los términos de intercambio, de baja relativa de los ingresos por cabeza de habitante; en fin, de un deterioro manifiesto, profundo y generalizado, de los niveles de vida y en especial de una abrupta interrupción de un período largo y sostenido de mejoramiento de las condiciones generales, dando lugar su ruptura, cambio intempestivo, a la creación de lo que llaman algunos coyunturas de agitación de tipo pre-revolucionario y, señalan como desde esos años treinta hasta ahora no se había sufrido una crisis de confianza como la que hoy se registra. En reciente oportunidad el expresidente López Michelsen hizo, también, un intento de comparación entre esas dos grandes crisis. Hay algunas circunstancias que parecen claras en los años treinta.

El mundo entero, no sólo América Latina, y particularmente el mundo dominante de aquel entonces, el mundo industrial avanzado, padeció una crisis general provocada por el desfallecimiento de la demanda, una crisis de demanda que se constituyó en diagnóstico eficaz y condujo a la superación de la situación vivida en esa época: a través de Keynes en el campo teórico de los países de occidente y a través del New Deal, de Roosevelt en los Estados Unidos, en la praxis de la política económica. En otros términos, se consideró que la crisis se debía a una caída de la demanda, y que ésta debía alimentarse todavía en buena parte dentro del esquema de los economistas clásicos.

Se creía, más de lo que hoy podríamos imaginar, en la mano invisible del señor Smith. Ante ese vacío se postuló una presencia nueva, de un estado nuevo también: el estado que pudiéramos llamar Keynesiano, intervencionista, garante de los equilibrios de corto plazo y promotor de los de largo término, es decir, el estado posterior a la crisis de los años treinta. En buena parte hemos vivido en occidente la inercia intelectual de los años treinta, del pensamiento de Keynes y de Roosevelt. Pues bien ¿cómo se compara la crisis actual con la crisis de los años treinta? Es en igual grado una crisis de demanda, una crisis provocada por la ausencia o la insuficiencia manifiesta del Estado. Hay elementos de crisis de costos o mejor de desbordamiento de los costos en comparación a lo que antes ocurriera. En otros términos, estamos afrontando hoy en Colombia y en América Latina y quizá en muchos países, una crisis distinta, una crisis que se caracteriza más por la multiplicación de factores de alza en los costos de producción, los costos en general y los costos sociales, que por una insuficiencia simple de la demanda.

Yo creo que en América Latina vivimos, en parte, una crisis de demanda como la que vivimos en los años treinta, una crisis de demanda de tipo estructural que no se puede aliviar ni superar con simples expedientes de política monetaria, expandiendo la oferta monetaria, como se puede lograr quizá en una sociedad desarrollada donde hay mayor capacidad de producción y donde bastan los estímulos para aumentar la demanda y esperar que ese aumento, casi automáticamente, genere los incrementos de producción que hagan alcanzar un nuevo equilibrio entre

oferta y demanda en un término relativamente corto. Pues bien, es indudable que los países latinoamericanos vivimos hoy una coyuntura distinta, que requiere una acción diferente. Los líderes tenemos que tratar como los médicos de acertar en el diagnóstico para acertar con el remedio. No bastan los progresismos ingenuos de los años treinta para superar una crisis de costos, no basta con estimular una demanda para esperar que haya una respuesta del sistema económico general. Tenemos que actuar sobre los costos de producción y los costos agrícolas por ejemplo.

El proceso que ha vivido el país en muchos sectores para promover la productividad, por ejemplo en el caso del arroz donde gracias a los trabajos del Centro Internacional de Agricultura Tropical y a otras instituciones, al Fondo de Fomento Arrocero, a la Federación de Arroceros, al ICA, en fin al concurso de todos ellas, pudo lograrse una verdadera revolución en el plano de la productividad física por hectárea, pasando en un término relativamente corto de una producción determinada al doble y dentro de la misma área. Sin embargo, los costos siguen siendo altos. En términos de productividad por hectárea, estamos igualando los niveles de países más avanzados, pero no ocurre lo mismo en el campo de los costos. Y así podríamos mencionar otros casos.

El país ha venido perdiendo ventajas comparativas. Yo diría que es urgente que los colombianos de hoy, así como los latinoamericanos, paseamos del progresismo de los años treinta, al progresismo maduro de los años ochenta y que trabajemos con ahínco sobre el problema de los costos de producción y de los cos-

tos sociales en general. Tenemos que pasar de una agricultura tradicional a una agricultura moderna, de una ganadería extensiva, a una industria ganadera; superar una economía de subsistencia que sólo se justificaba cuando el país era un país tradicional, un país rural, con poca población y con gran parte de ella en el campo, y que no puede sobrevivir como hecho social vivo dentro de un equilibrio razonable en la situación actual. Para ello necesitamos el concurso de la ciencia y la tecnología; en otros términos, no podemos seguir viviendo de los crecimientos sin desarrollo. En los años treinta quizá tomamos a la carrera, más de lo que hubiéramos debido hacerlo, muchos de los supuestos de los progresismos reinantes.

Creímos en la posibilidad de importar modernización, de hacer modernización sin desarrollo, de realizar urbanizaciones sin industrialización, o industrialización sin desarrollo científico y tecnológico, importamos lo que podía importarse dentro del esquema de la industrialización de sustitución de importaciones de bienes de consumo final. Era imposible importar formas industriales que se importaron, que ayudaron a cambiar la realidad colombiana fundamentalmente, desatando una dinámica social que todavía está dando muestras de vitalidad y el país cambió con esos crecimientos de los años treinta y cuarenta. El país creció en población, se desruralizó, se industrializó, se urbanizaron o ruralizaron sus ciudades, se llenó de fuerzas nuevas, se incorporaron las mujeres y otros sectores a la educación y al trabajo. Hoy tenemos otro país. Ese otro país creado en buena parte por golpes de crecimientos más que por desarrollos sistemáti-

cos requiere hoy de soluciones distintas, esfuerzo sobre los costos, no solamente euforias, sino alegrías en el campo de la demanda.

Cuando tenemos el problema del déficit de vivienda y sabemos que en los años ochenta la política preconizada por el Gobierno del Presidente Betancur, en materia de vivienda, se diferencia de la política de las Cuatro Estrategias de 1971 del Presidente Pastrana, porque ya no se busca tanto crear empleo por el empleo en sí, sin importar el costo de la vivienda como ocurrió en aquel año, sino aumentar la cantidad de vivienda barata que resuelva el problema de su déficit, pues hay que pensar en los costos de construcción que van a determinar la demanda. Esos costos nos deben llevar a la tecnología de la construcción y a la necesidad de irnos preparando para disminuir los costos y para cambiar la actividad, la tecnología artesanal de la construcción que hasta ahora hemos empleado en ese sector y así podríamos seguir en todos los campos. ¿Cómo vamos a aprovechar las riquezas del mar si no lo conocemos, si no lo estudiamos? ¿Cómo vamos a desarrollar las nuevas industrias agrícolas, las agro-industrias, la industrialización hacia atrás, la industrialización hacia adelante, en fin en todos los órdenes? ¿Cómo vamos a competir en el mundo, en una crisis de crecimiento y no de estancamiento? Los remedios hay que buscarlos según el diagnóstico, hay que buscarlos adelante no atrás, no restaurando sino mirando hacia el horizonte, necesitamos no menos ciencia sino más ciencia, no menos educación sino más y mejor para poder afrontar y superar esas dificultades.

Es curioso que mientras en la ciudad nadie le confiaría un modesto

vehículo a una persona que no sepa por lo menos leer y escribir para saber cuáles son las direcciones y algo de mecánica para mantener el equipo, en el campo se le confía cualquier capital representado en equipos complejos a cualquier persona. Eso demuestra a mi juicio, la visión folclorista, o romántica del campo, que no es compatible con el mundo de hoy, con el país de hoy, con las urgencias de hoy y con los costos que debemos buscar. Qué razón puede haber para que mientras en la ciudad nadie le confíe una empresa por modesta que sea a una persona que no sepa administrar empresas, en el campo de empresas mucho más grandes, con más riesgos, con los riesgos del sol y el agua, del azar, de la naturaleza, se le entrega o se cree que se le puede entregar a cualquier persona. Cito esos casos como ejemplos que me parecen ilustrativos. Tenemos que vivir en la realidad de hoy, de una sociedad en procesos de modernización y modernización con desarrollo que tiene la razón histórica en la ciencia; vivir en una sociedad moderna o en proceso real de modernización es vivir con la ciencia, es imposible vivir sin ella, está en el corazón mismo de esa sociedad. La aplicación de la ciencia a la producción en el campo, a la producción en la ciudad, en la industria, en los servicios, en las soluciones sociales.

Otra diferencia grande de la crisis actual con relación a la crisis de los años treinta se encuentra en que en esa época el Estado brillaba por su ausencia. Hoy está presente en todas partes, hoy lo que se nos plantea no es tanto la ausencia del Estado como la ineficiencia del Estado. Se creó para llenar el vacío de los años treinta, el Welfare State —el Estado del Bienestar— y, en general, el gasto

público; se creyó en él cualquiera que fuera, se decía que el todo era gastar, gastar en cualquier cosa, en la guerra o en la carrera armamentista. Pues bien, ese gasto por el gasto público ha llevado a alimentar la demanda en todo el mundo, a crear una demanda enorme, a presionar sobre los precios, mientras por el lado de la oferta se han sustraído recursos de la producción desequilibrando la economía mundial; algo de eso ocurre también en todos los países, el bienestar a través de un estado burocratizado ha producido el bienestar de unos pocos, la demanda de unos pocos o de unos muchos, no importa, pero ha producido también el marginamiento de vastos sectores sociales.

La ineficiencia del Estado es otro factor fundamental que tampoco podemos dejar de ver y que no podríamos tratar de superar sin el concurso de la ciencia y la tecnología. ¿Que tipo de organización de la justicia, vital en cualquier Estado, debemos tener los colombianos? No es fácil sacar la respuesta de cualquier parte porque no podemos importar el desarrollo, tenemos que hacerlo, tenemos que estudiar la realidad colombiana, nuestra historia, nuestra cultura política, nuestras normas, la administración, para conformar un sistema de justicia que realmente opere. Lo mismo en todos los frentes, los partidos, el Congreso, la policía, la seguridad, el desarrollo urbano. En fin, ¿cuál debe ser el gobierno de las ciudades, el derecho de hoy, para que el desarrollo se realice y se siga realizando, dentro del marco de un orden dinámico que es el único orden que puede existir en una cultura de cambio como la de hoy?

He querido citar un poco en desorden estos hechos, estos indicios, por lo menos para que caigamos en cuenta que como muy bien lo dice el Dr. Eduardo Aldana, en su presentación del Plan, de la propuesta fundamental o de las propuestas que se traen a la consideración de ustedes, tenemos que percatarnos los colombianos de los años ochenta, de que necesitamos urgentemente, perentoriamente, imperativamente, el concurso de la ciencia y la tecnología, que todos tenemos que participar del desarrollo científico y tecnológico, que es demasiado importante la ciencia para dejársela a los científicos, que tenemos que compartirla, llevarla a todas las casas y a todos los sectores de la vida del país. Por eso hemos querido propiciar la discusión, la participación activa, creadora, crítica, de todos los sectores en torno a la definición de lo que deberá ser el plan cambiante en un país cambiante y en un mundo cambiante, que tiene la función de ayudarnos a ordenar en la mejor forma y con la mayor eficiencia posible, el uso de los escasos recursos disponibles para el desenvolvimiento de la ciencia y de la tecnología.

Yo los invito a que veamos estas alternativas a la luz y al fuego de esas urgencias. Colombia no podrá tener paz si no logra un mínimo de equilibrio. Hablamos mucho de la paz, para lograrla se necesitan equilibrios mínimos, adecuar formas de producción a las realidades sociales nuevas, promover la creación de las condiciones propicias a la satisfacción de las grandes necesidades del mayor número de ciudadanos; la paz no se da gratis, hay que conquistarla. También la paz en nuestro tiem-

po, tiempo dominado por la razón científica, tiene que ver con el trabajo científico y tecnológico o más exactamente con la aplicación de la ciencia y la tecnología a todos los campos del trabajo. Muchas gracias.